

A B C en Lisboa

LA PAZ Y EL ORDEN DE LA PENINSULA IBERICA RESULTA IRRITANTE PARA EL COMUNISMO

Los manifiestos reclamando la independencia de las provincias ultramarinas portuguesas tienen su origen fuera de ellas

Lisboa 18. (Crónica de nuestro corresponsal.) Es evidente que para el comunismo resulta irritante el hecho concreto, indiscutible, físicamente palpable, de la paz y el orden imposibles que reinan en la Península Ibérica, tanto en España como en Portugal. Esta imposibilidad es la misma que tanto y tan visiblemente ha contrariado al jefe del Gobierno soviético, incómodo vecino de nuestra delegación en la Asamblea de las Naciones Unidas. Kruschef ha extremado más su impertinencia, la zafiedad de sus modales y su agresiva vociferación, cuando nuestros diplomáticos no le hacían caso a él que cuando aplaudían a los oradores del bloque occidental. Se ve que el espectáculo de la tranquilidad española es lo que más descomponen a los hombres del Kremlin. En cuanto a Portugal, puede decirse exactamente lo mismo. Los intentos comunistas de promover la revolución desde dentro en nuestros países han fracasado siempre no porque nuestros gobiernos hayan sabido defenderse, sino simplemente porque tales manejos han tropezado con la más radical e inequívoca indiferencia de nuestros pueblos. La historia de algunos episodios de ese género, más o menos recientes, lo demuestra de manera tan clara que no es necesario ningún otro argumento.

Hace tiempo que los comunistas, encargados de prender fuego a nuestros dos países, deben haber perdido la esperanza de contar con la ayuda interior, o sea con la traición de los españoles y los portugueses que viven y laboran dentro de sus patrias. La táctica tiene que ser, en consecuencia, y viene siéndolo desde hace algunos años, la del mantenimiento de núcleos de acción y de penetración que operen desde el extranjero. En lo que se refiere a Portugal, la situación se repite también en las provincias ultramarinas, donde continúan reinando la paz y el orden, que hacen de ellas verdaderos oasis de civilización en medio de un continente anárquico. Todos los supuestos grupos o asociaciones que surgen de vez en vez con manifiestos plagados de inventos y mentiras, reclamando para Angola y Mozambique una autonomía que allí nadie reclama, están radicados en el extranjero, integrados por gentes comunistas o filocomunistas, de confusa y dudosa nacionalidad casi siempre, y hasta en el vocabulario son fáciles de identificar como miembros de las células que operan al servicio de Moscú. Demasiado bien saben en Angola y Mozambique que ellos son mucho más independientes que algunos improvisados pueblos teóricamente soberanos, cuyos pintorescos Gobiernos tienen el teléfono permanentemente ligado con Moscú, por la simple razón de que están integrados en la indiscutible independencia de Portugal, afirmada por los siglos y defendida con profunda conciencia de su historia.

El pasado día 5, fecha en la que se cumplían los cincuenta años de la proclamación de la República —aniversario que fue en Portugal oficialmente conmemorado bajo el signo de la unidad de todos los portugueses, hoy más necesaria que nunca—, algunos marxistas "nacidos en tierra lusitana", como dice un periódico de Lisboa, se reunieron en París en un almuerzo con personas como la señora Kahn, de la Liga de los Derechos del Hombre; el señor Frischmann, en nombre del partido comunista francés, y otros cuantos comensales de la misma filiación. En Londres no faltó otro pequeño ágape similar, y en éste tomó parte nada menos que

el famoso Caraciolo Cabral, personaje que apareció últimamente en el Tribunal Internacional de la Haya como agente de la India y declarando contra Portugal; no obstante el apellido que lleva. Todos estos patriotas democráticos hablaron largamente sobre colonialismo, y mandaron un telegrama al presidente de la Asamblea General de las Naciones Unidas afirmando "su solidaridad con los pueblos de las colonias portuguesas en su lucha anticolonialista". Sería repugnante, comenta "Diário da Manhã", si ellos no fuesen ya comunistas. Y añade que la unidad moral de la nación exige la repulsa implacable de la traición.

Una vez más la maniobra está a cargo de grupos y organizaciones que todos sabemos lo que son, en las que se refugian y se amparan gentes que renunciaron al honor de su nacionalidad y que existie-

ron siempre en todos los tiempos y en todas las partes. Moscú cuenta sólo con éstos; y éstos, gracias a Dios, no son nadie. Hoy, todos los periódicos lisboetas publican un resumen de la carta de "La Pasionaria" hablando de la Unión Socialista Ibérica. Es otro detalle que queda registrado y que no caerá en saco roto.—Ignacio de ECHALAR.